

Décima conferencia.
Sábado, 19 octubre 1929.
"Los Amigos de las Artes"

LA AVENTURA DEL MOBILIARIO

No se enfocará con eficacia la renovación del plano de la casa moderna, sino después de haber puesto al desnudo la cuestión del mobiliario. Aquí está el nudo gordiano. Hay que cortarlo, de lo contrario toda persecución de vida moderna es vana. Una época maquinista ha sucedido a la época pre-maquinista; un espíritu nuevo ha substituido a un espíritu anticuado.

Probemos un día en una casa —en nuestra propia casa, por ejemplo—, a examinar todo lo que nos rodea y planteémonos la pregunta de "cómo" y "por qué"; exijamos conocer "*lo que esto significa*".

En realidad, nos encontraremos, de una manera general, *frente al más asombroso contrasentido*.

Si consentimos en hacer una meditación oportuna, saldremos de ella transformados, limpios y —¿cómo no? — bien decididos a sacudir el yugo, bien decididos a hacer desaparecer tantos testimonios de la aventura ridícula que nos han obligado a correr. Nos sentiremos tras-

tornados y nos preguntaremos: "¿Cómo ha sido esto posible? ¿Cómo se ha podido instalar aquí todo esto, *sin saberlo yo?* Sin embargo no estoy loco, etc., etc."

Muy emocionados, nos sentiremos dispuestos a unos actos operativos...

¡Pero no! ... Volveremos a caer, tranquilamente, en la rutina de la vida normal, por la presión de la opinión, yugulados por el freno todopoderoso de la costumbre. No es en vano que formamos parte de una sociedad codificada: estamos dirigidos por las ideas de los otros. ¿Reaccionar? Actuar solo, según los impulsos honrados de su espíritu y de su corazón, ¡aquí tenemos un asunto muy grave! Se necesitarían unas circunstancias para poderlo hacer.

Escuchen ustedes: *una época nueva ha empezado, animada por un espíritu nuevo.*

La hora es propicia. Limpieza. Sobre este vacío, hagamos una construcción nueva, animada por un espíritu nuevo.

¡Hoy, puede verse claro!

¿A qué se refiere este discurso? *A nuestro mobiliario, a nuestros bibelots, a nuestras obras de arte.*

Los usos, la moda y cien años de burguesía, han trucado las bases. Estamos en una situación comprometida y comprometedora. ¡Siempre el academicismo!

Unos nuevos goces nos esperan, verdaderas alegrías espirituales. Volvamos a nuestro libre albedrío. Vamos a crear un hogar que interesa y apasiona tanto al hombre como a la mujer.

La mujer nos ha precedido. Ha realizado la reforma de su traje. La mujer se había encontrado en este callejón: seguir la moda, y, entonces, renunciar a la aportación de las técnicas modernas, a la vida moderna. Renunciar al deporte y, problema más material, no poder ocupar los empleos que han hecho de la mujer una parte fecunda en la actividad contemporánea y le permiten *ganar su vida*. Seguir la moda: ella no podía conducir un coche; no podía ni tomar el metro, ni el autobús, ni ir aceleradamente a su despacho o a su tienda. Para realizar la *construcción* cotidiana de su atavío: peinado, zapatos, botonadura del vestido, no hubiera tenido ni tiempo de dormir.

Entonces, la mujer se ha cortado su cabellera, sus faldas y sus mangas. Sale con la cabeza descubierta, con los brazos desnudos y las piernas libres. Y en cinco minutos se viste. Y resulta bella y nos seduce con el encanto de sus gracias, de las cuales los modistos han admitido sacar partido.

El valor, la vivacidad, el espíritu de invención con los cuales la mujer ha operado su revolución indumentaria, son un milagro de los tiempos modernos. ¡Gracias!

¿Y nosotros, los hombres? ¡Triste pregunta! Vestidos de frac, parecemos unos generales de la "Grande Armée" y ¡nos ponemos cuellos almidonados! En traje de trabajo, nos sentimos incómodos. Tenemos necesidad de llevar encima todo un arsenal de papeles y de pequeños utensilios. El bolsillo, los bolsillos, deberían ser la clave del traje moderno. Intenten proveerse de lo que necesitamos; han matado la línea de su vestido; ya no es correcto. Hay que elegir entre trabajar o ser elegante.

El traje inglés que llevamos había realizado, a pesar de todo, esta cosa importante. Nos había *neutralizado*. Es útil mostrar un aspecto neutro en la ciudad. El signo dominante ya no son las plumas de avestruz en el sombrero, está en la mirada. Esto basta. El señor Waleffe, en París, asqueado de los ingleses, ha predicado una gigantesca cruzada: pantalón de seda y medias también de seda, zapatos con hebilla, ligas, elegancia "francesa", ingenio latino! ¡Y muestrario de todas las pantorrillas! Esto ha fracasado; nos hemos reído.

En Saint-Moritz, en la nieve, el hombre moderno tiene su rango. En Levallois-Perret, en el cuartel general del automóvil, el "mecánico" es un precursor. Nosotros, los hombres de despacho, hemos quedado vencidos con mucha ventaja por las mujeres.

Así, pues, el espíritu de reforma solamente se asomó. Le queda actuar en todos los actos de la vida.

¿Qué es, pues, el mobiliario?

El medio por el cual damos a conocer nuestro rango social.

Es, muy exactamente, una mentalidad de reyes: Luis XIV lo hizo muy brillantemente. ¿Es que quizá somos unos Luis XIV? ¡Pues así hay muchos! Si bien hay millones de Luis XIV sobre la tierra, no hay ningún Rey-Sol.

En serio, ¿queremos realmente ser unos *Reyes-Soles*?

El mobiliario es:

unas mesas para trabajar y para comer,
 unas sillas para comer y para trabajar,
 unos sillones de diversas formas para descansar de diversas maneras
 y *unos casilleros* para guardar los objetos de nuestro uso.

El mobiliario es unos utensilios,

Y también unos servidores.

El mobiliario sirve nuestras necesidades.

Nuestras necesidades son cotidianas, regulares, siempre las mismas; sí, siempre las mismas.

Nuestros muebles responden a unas *funciones constantes, cotidianas, regulares*.

Todos los hombres tienen las mismas necesidades, a las mismas horas, cada día, toda la vida.

Los utensilios que responden a estas funciones son fáciles de definir. Y el progreso, al aportarnos las nuevas técnicas, el tubo de acero, la plancha ondulada, la soldadura autógena, nos proporciona unos medios de realización infinitamente más perfectos y más eficaces que antiguamente.

El interior de las casas ya no se parecerá al estilo de Luis XIV.

Esta es la aventura.

Nuestras necesidades son unas necesidades de hombres. Tenemos todos los mismos miembros, en número, formas y dimensiones; si existen, en este último punto, unas diferencias, es fácil encontrar una medida media.

Funciones standard,
 necesidades standard,
 objetos standard,
 dimensiones standard.

La cuestión del *standard* está ya muy adelantada. Es tan vieja como el mundo y ha fijado la forma de cada una de las civilizaciones. Pero el sorprendente siglo XIX ya ha pasado: Señor Homais. La cuestión del *standard* moderno está ya, repito, muy adelantada, pero olvidamos tenerlo en cuenta.

El mundo entero se ha puesto de acuerdo respecto al formato y las dimensiones del papel de cartas. La industria del mueble de despa-

cho, en todo el mundo, se ha regulado *respecto al formato del papel de cartas*.

El espíritu de la época maquinista se ha ingeniado. Lo que se hacía para el automóvil, se ha hecho para el mueble de despacho. Se ha producido una revolución: se han cerrado los talleres de ebanistería y se ha creado, en otros barrios de la ciudad, la industria del mueble de acero.

Una precisión, una eficacia, una pureza de formas y de líneas han surgido.

Pregunten a un banquero si no está orgulloso de las instalaciones de sus oficinas.

Está muy orgulloso de ellas.

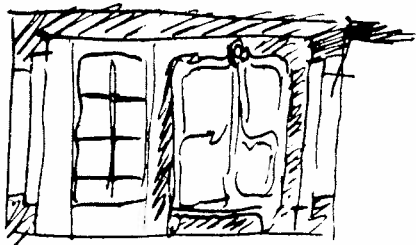
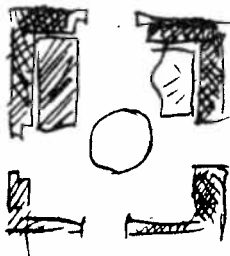
Cuando entra en su casa, se ve acogido por un cambalache que haría estallar un manómetro de la razón, si se pudiese instalar en nuestros cerebros un manómetro para nuestras ideas. Aquí, en su casa, no trabaja, ya no produce; puede desperdiciar su tiempo, revolver su espíritu, cansarlo, falsificarlo. No tiene importancia: descansa; no tiene competidores... a no ser algunos Luises XIV de sus amigos, que podrían llamarse, gustosos, Luis XV si esto pudiese concederle una mayor graduación en la escala de boato...

Dibujó un plano de amueblamiento y la sección de un dormitorio tradicional (98). El gran armario normando, la cómoda de estilo no permiten sino un mal arreglo de la pieza; los grandes muebles, comprensibles en tiempos de los castillos o en las salas de las casas de campo, son desastrosos en los hogares modernos.

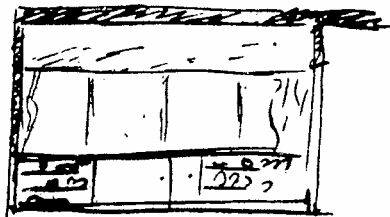
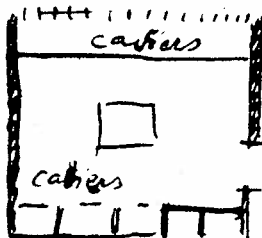
Dibujó en plano y en sección un dispositivo moderno: ventanas, tabiques y casilleros. He ganado una porción de espacio considerable; se puede circular fácilmente; los gestos serán rápidos y exactos; el arreglo automático. *Son minutos que se ganan cada día*; preciosos minutos (99).

Afírmosles a ustedes que exceptuando los asientos y las mesas, los muebles no son, a decir verdad, sino casilleros. Pero, la mayoría de las veces estos casilleros están mal dimensionados y de utilización precaria; denuncio, aquí, el despilfarro. Voy a empujar al enemigo a su

98



99



atrincheramiento para que diga para qué sirven, realmente, estos muebles. Tendré la certidumbre de que con las industrias nuevas de la madera y del metal, se pueden construir casilleros precisos de funcionamiento admirable, de una dimensión, no aproximada, sino cierta y me veré llevado a la conclusión de que los muebles de los ebanistas y de los mueblistas nos sirven muy mal, que son un residuo embarazoso, oponiéndose a la solución económica y eficaz, puesto que obligan a construir casas demasiado grandes y que complican la existencia impidiendo la administración racional de la familia. En definitiva, no tienen *nada más que un destino estético*. Pero cuando un objeto de uso ya no realiza su función, si solamente tiene una razón estética, se ha convertido en un parásito y se ha de tirar. Ya veremos dónde encontrar una forma estética que nos convenga; buscaremos aquello que pueda colmar el corazón y la sensibilidad de un hombre moderno.

Hagamos juego limpio:

Dibujo un estante con vasos encima; otro estante con platos, soperas, etc.; un estante con botellas, jarras, etc. Unos cajones con distribución automática para cubertería. Ya está terminado el capítulo de los instrumentos para comer (100).

Dibujo un estante con ropa de la casa, sábanas, toallas, etc.; otro estante con ropa interior, cajones para lencería, medias, etc. etc.

Ahora dibujo otro estante con zapatos y otro para los sombreros.

Dibujo un traje colgado de una percha; y un vestido (101).

Eso es todo.

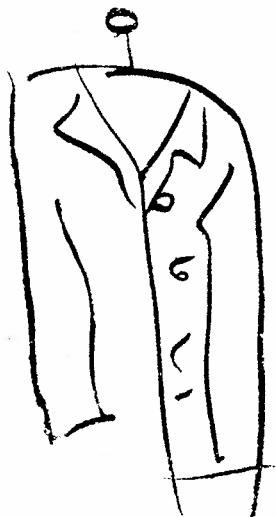
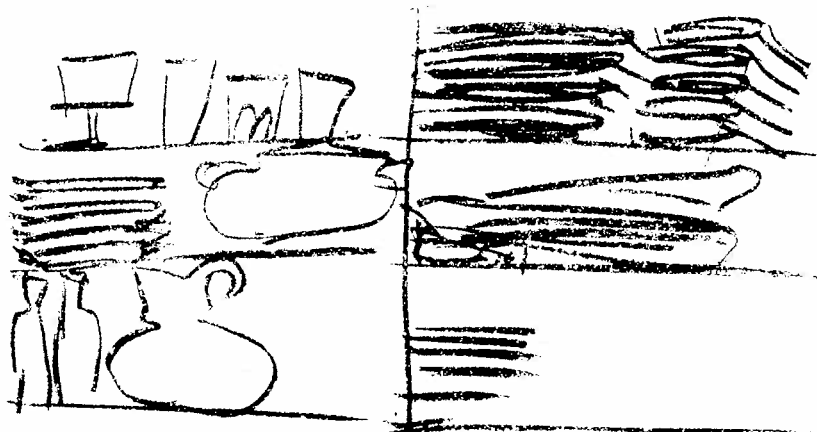
Ya está hecho el inventario de los objetos para nuestro uso diario.

Estos objetos son todos proporcionados a nuestros miembros, adaptados a nuestros gestos. Tienen una *escala común*, obedecen a un módulo. Si estudio la cuestión —y desde hace veinte años estoy obsesionado por la anomalía del mobiliario (en otro tiempo me gané la vida equipando numerosos apartamentos)— encuentro una medida común. Encuentro el casillero que contiene eficazmente todos estos objetos.

Dibujo este casillero (102). Tiene 75 centímetros de lado y 37,50 a 50 centímetros de profundidad o 150 x 75 de frente y 37,50 a 75 de profundidad. La movilidad de la cota de profundidad resulta de los diversos métodos de arreglo interior de este casillero.

En el año 1913, tuve que dibujar el material desmontable de una exposición ambulante de arte decorativo (y el arte decorativo se trataba de toda la batería de cocina que va desde el office al salón y al "boudoir") y entonces hallé este módulo de 75 centímetros y de 150 centímetros. Y lo había olvidado completamente.

100



*est
lent*

101

Cuando en 1924 preparábamos nuestro Pabellón de l'Esprit Nouveau —donde queríamos liquidar en una sola vez el principio funcional del mobiliario y los fines estéticos de la casa— después de un severo análisis, encontramos estas dimensiones.

En 1925, el Pabellón del "l'Esprit Nouveau" parece aportar una luz —que entonces fue un encuentro brutal— respecto a esta cuestión.

Finalmente, en 1928, nuestra asociada para la instalación de los interiores de las casas, Madame Charlotte Perriaud, llegó a la conclusión, también, de las mismas dimensiones. Mientras yo les hablo aquí, en Buenos Aires, tenemos un gran stand en el Salón de Otoño, de París, que demuestra de una manera perentoria, el principio del "equipamiento de una habitación moderna", con los casilleros standard.

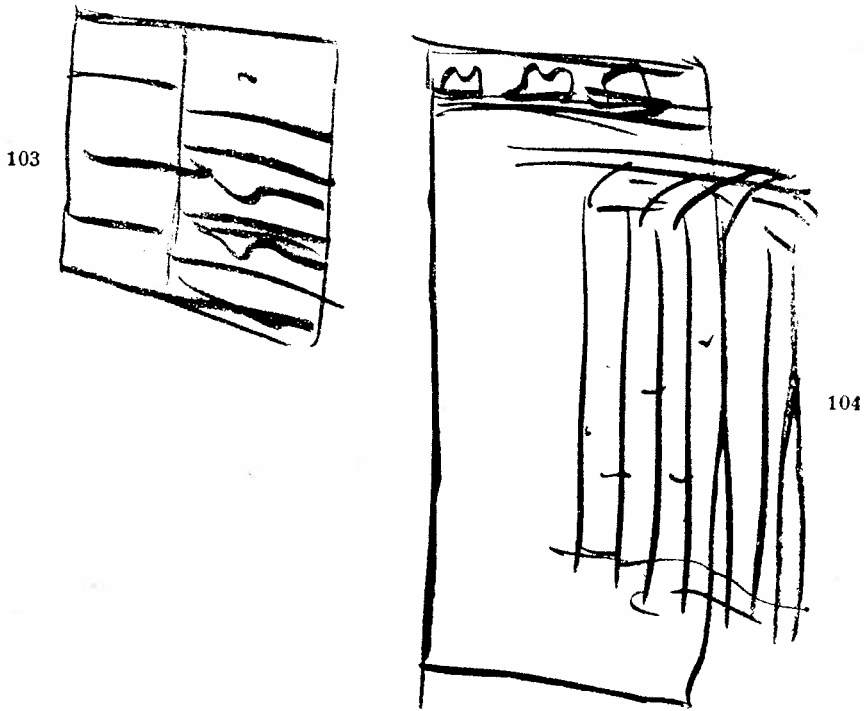
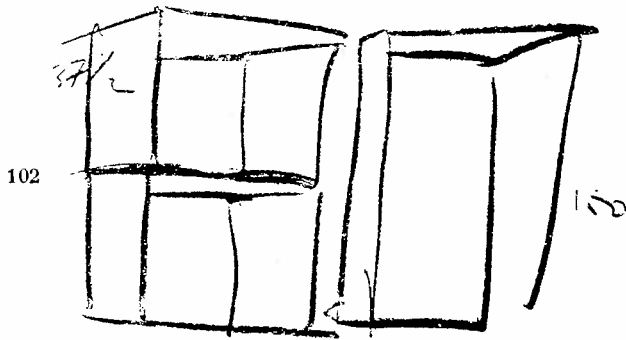
Dicho esto, ahora doy una conclusión de orden constructivo, de orden arquitectural, de orden económico, de orden industrial: sería oportuno crear, industrialmente, unos casilleros, unos "*continentes*", en gran serie, vendibles al particular que arregla su casa y al arquitecto que proyecta los planos. El uno dispondrá los casilleros contra las paredes de sus habitaciones o constituirá con ellos unos tabiques nuevos a plena altura o a media altura. (Véase Pabellón de l'Esprit Nouveau, 1925); el otro construirá sus paredes incorporando los casilleros entre la obra.

Falta equipar el interior de los casilleros. Este equipamiento puede ir desde el más sencillo aparato de los muebles de despacho corrientes hasta el refinamiento más completo. Estos equipos se introducen, más tarde, en las cajas standard y se venderán en el Bazar de l'Hotel de Ville; o en la Avenida des Champs-Élysées (103).

Cuando la casa esté terminada, en aquel momento en que los pintores extienden la última capa de pintura, la víspera del día en que el habitante traiga sus libros y sus maletas, se introducirán en los casilleros los equipamientos conformes a las funciones que se requieran; se pondrán los cierres de estos casilleros —paneles deslizantes en plancha, en madera contraplacada, en mármol, en vidrio, en aluminio, etc.; todos los gustos, la sencillez o la opulencia podrán manifestarse a voluntad.

Y si la casa está construída "*a seco*", pueden ustedes calcular cuán fácil resulta la maniobra.

Intenten representarse la nueva casa. Cada pieza está reducida al mínimo *suficiente* y su toma de luz (ventana alargada o panel de cristal) es perfecta. Su forma conviene a su destino; las puertas se abren de una manera que asegure una circulación fácil. Al alcance de



la mano, en el dormitorio, en la biblioteca, en el salón, en el office, en la cocina, unas persianas se suben o se bajan, y unos paneles se deslizan. Detrás aparecen los compartimentos apropiados a lo que han de contener. Cada objeto está dispuesto como en un estuche; ciertos equipos se proyectan hacia delante por medio de un rodamiento a bolas; sus trajes se extienden ante sus ojos, etc. (104).

De esta manera ¡ya no hay más muebles de ebanista en la casa! Yo lo siento mucho, al pensar en todos esos buenos artesanos, pero creo que es una ventaja que nos adaptemos a las nuevas condiciones de la vida moderna.

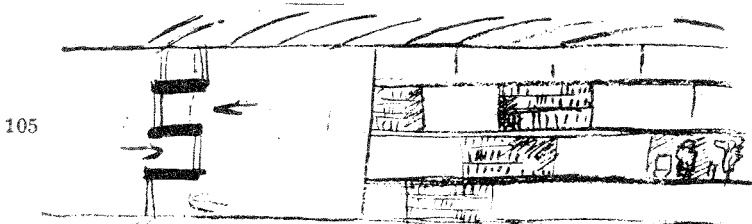
La reducción del mobiliario al estado de casilleros, constituyendo, según la ocasión, el mismo muro, se puede obtener también por métodos rudimentarios de construcción en cemento armado.

Dibujó el techo y el suelo de un piso: dividió la altura en cuatro sectores por ejemplo, por medio de tres planchas de hormigón armado, gruesas de algunos centímetros, que vayan de un muro al otro, o deteniéndose a la mitad de su recorrido. Y así construyó tan pronto en un borde de mis planchas de hormigón, tan pronto en otro, según las necesidades. Un pequeño hierro en forma de U arriba y abajo de cada plancha recibe unas correderas de plancha de acero, de aluminio, de vidrio, de madera o de mármol. Aquí hay unos tabiques-casilleros magníficos en los cuales se insertarán los “equipos interiores” de los cuales ya he hablado (106).

Veán ustedes en este segundo dibujo, la gran biblioteca cerrada de una villa lujosa, construida con una economía suprema, y cuyo aspecto arquitectural, se lo aseguro a ustedes, es imponente y... beneficioso (107). Hémos, pues, con el espíritu libre de la confusión de los muebles. Estamos dispuestos a introducir en nuestras casas, en condiciones excepcionales de “silencio” (arquitectónico), la obra de arte que hará pensar o meditar.

Estos métodos nos permiten amueblar unos despachos modelo en el Palacio de las Cooperativas de Moscú; la pared que separa los despachos de los pasillos está constituida de la siguiente forma: de un extremo al otro del edificio, el fondo de cada despacho se convierte en una instalación modelo de clasificación. Tal era ya la solución prevista para el Secretariado del Palacio de las Naciones, en Ginebra (108).

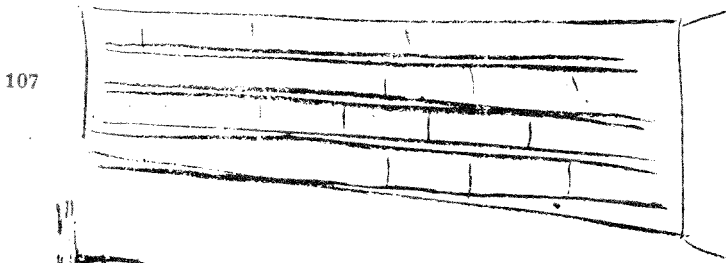
Despacho o salón, office o “boudoir”; siempre y en todas partes, unas funciones standard precisas se cumplen y satisfacen; poner en orden objetos de dimensiones a escala humana, con medidas comunes. ¡Adiós, cofres de antaño!



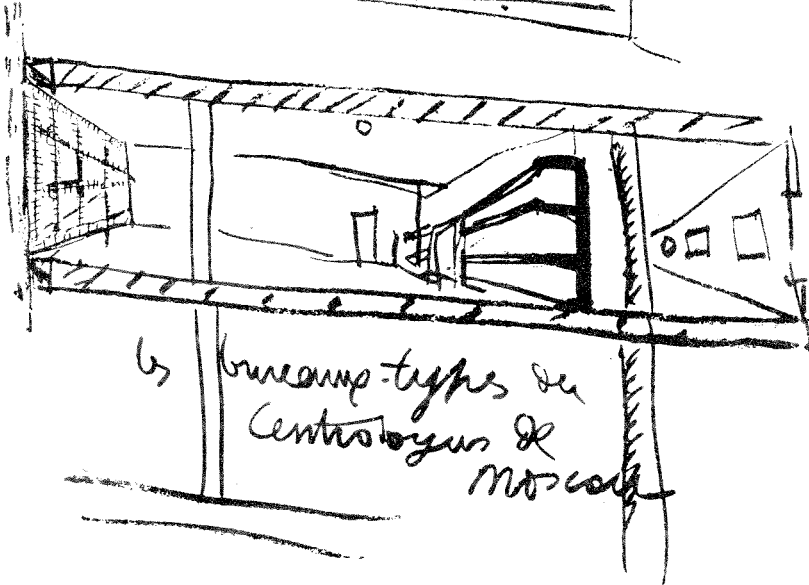
105

106

les caissons coulissants



107



108

les bureaux-typés de
Centrosogus de
Moscou

¿Qué pensarán las Cámaras de Comercio del mueble y los anticuarios que fabrican en serie el estilo Luis XVI “claveteado” y con “pátina de la época”? (Véase capítulo V, “una borrasca”, *L’Art décoratif d’Aujourd’hui*, —Crès et Cie— Collection de l’Esprit Nouveau).

¿Mesas?

Voy a explicarme por esta simple proposición; ¿por qué no distribuiríamos, en nuestros apartamentos, cierto número de mesas standard (dos o tres tamaños yuxtaponibles), de materiales diferentes, si se quiere? Su construcción en tubos de acero soldados con soldadura autógena, permite fijar la bandeja por un modo de ajuste automático. ¿Tiene usted una gran comida? Rápidamente, puede juntar varias mesas; las bandejas (o sea, la parte superior de la mesa), han pasado por las puertas verticalmente; el chasis de tubos de acero ha sido puesto de pie para pasar, también. Todo son facilidades. ¿Quién les obliga a ustedes a comer en un comedor (109)?

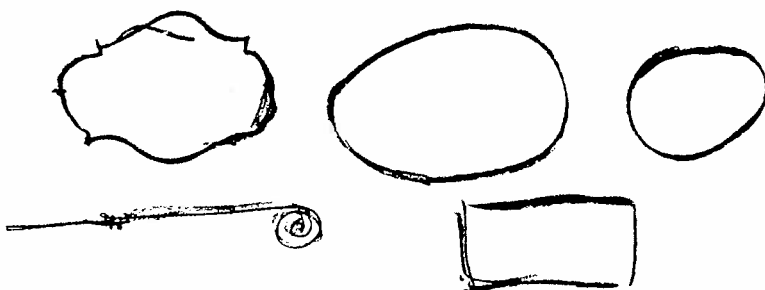
¿Asientos?

Proferimos una nueva enfermedad: *los asientos sirven para descansar*.

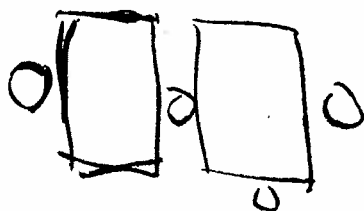
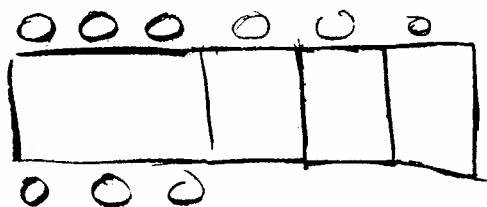
Omito hablar del “estilo” en el cual —a menos que no sea según el cual— ítenemos que descansar!

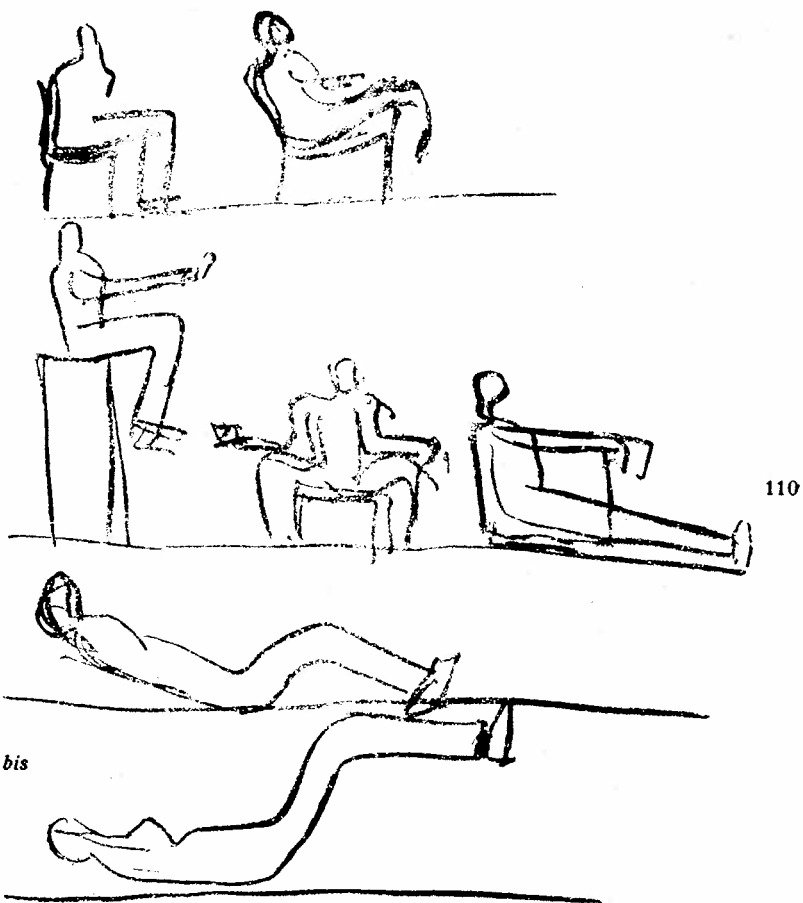
Por el contrario, observo que, según las horas del día, según el orden de nuestras preocupaciones, según la actitud que adoptamos en un salón (la cual cambiamos tres o cuatro veces en el transcurso de una velada), observo, repito, que hay varias maneras de sentarse. Uno se sienta “en activo” para trabajar. La silla es un instrumento de suplicio que os mantiene admirablemente despierto. Yo tengo necesidad de una silla cuando trabajo.

Y me siento para charlar: tal sillón me da un porte decente y cortés. Me siento “en activo” para discursar, para demostrar una tesis o proponer mi punto de vista; ¡qué bien me va ese taburete alto para mi actitud! Me siento tranquilo, relajado; ese taburete turco de los “cavedjis” de Estambul de 35 centímetros de alto y de 30 centímetros de diámetro, es una maravilla; me pasaría horas enteras, sin



109





cansarme, *sentado sobre mis posaderas*. Y si somos quince en el pequeño salón de la pequeña casa, que han venido, decididos a no hacer nada, el ama de casa ha sacado de dentro de un armario empotrado, los quince taburetes encajados uno en el otro. Yo me inclino hacia un "kief" más total; recuerdo que Noël, el jefe de las carrocerías Voisin, ha equipado sus 14 CV sport, con un cojín de muelles colocado en el suelo; y hago, sin ninguna clase de fatiga, quinientos kilómetros de un tirón; me acuerdo de ello para equipar mi salón (110). Pero he aquí la máquina de reposo. La hemos construído con unos tubos de bicicleta y la hemos cubierto con una magnífica piel de potro; es muy ligera hasta el punto que se la puede desplazar con el pie, y la puede manejar un niño; he recordado al cow-boy del Far-West fumando su pipa, con los pies en el aire, más altos que su cabeza, apoyados en el borde de la chimenea; reposo total (110 bis). Nuestra tumbona toma todas las posiciones; solamente mi peso es suficiente para mantenerla en la posición deseada; ninguna clase de mecanismo. Es la verdadera máquina de reposo, etc., etc.

La mujer moderna ha cortado sus cabellos. Nuestras miradas han conocido la forma de sus piernas. El corsé ya no existe. La "etiqueta" se ha desterrado. La etiqueta había nacido en la corte. Únicamente ciertas personas tenían derecho a sentarse y aún esto, habían de hacerlo de cierta manera. Luego, en el siglo XIX, el burgués se convirtió en rey y encargó unos sillones infinitamente más trabajados y dorados que no lo habían hecho anteriormente los príncipes de sangre. Las "buenas maneras" se enseñaron en el convento. Pues bien, ¡hoy día todo esto nos fastidia! Una persona distinguida no pierde jamás su distinción, ni en Carnaval. ¡Esto nos tranquiliza!

Y, sobre todo, ¡vamos a estar mejor sentados!

Y la casa se ha vaciado de sus muebles.

El espacio y la luz son abundantes.

Se circula, se acciona rápidamente.

¿Y quizá tendremos el gusto de pensar en alguna cosa, en esta hora de reposo, en esta hora de relajación, en nuestra casa?

He aquí el fondo del problema: *pensar en algo*.

En la armonía de las proporciones,

o en algún poema de la mecánica, de la vida de los pueblos modernos o antiguos, hasta en un poema en verso,

o en alguna música,

o en alguna escultura, algún cuadro,

en un gráfico,

o en tal foto de un fenómeno simple o sublime, fundamental o excepcional.

La vida está llena de ocasiones de agrupar unos bibelots que sean unos *objetos para pensar*:

este guijarro del mar,

esta piña admirable,

esas mariposas, esos escarabajos,

este elemento de acero pulido procedente de una máquina,

o este pedazo de mineral.

¿Los dioses? Es el espíritu quien los forma junto con las cosas de la Tierra.

¿*La aventura*? Ah, sí, ¿la aventura del mobiliario? El hecho se desenvuelve: *la noción del mobiliario ha desaparecido. Se ha substituido por un vocablo nuevo: "el equipo doméstico"*.

* Véase *Cahiers d'Art*, 1926, n° 3.